

ción inmediata de un cuerpo de doscientos mil hombres, masa formidable en cualquier circunstancia, y cualquiera que fuere la posición que ocupe en el teatro general de las operaciones. Como quiera, con obrar de esa suerte de seguro habría evitado una catástrofe célebre para siempre en los fastos de la guerra.

Desde que Napoleón presupuso que tal sería el proyecto de Mack, ya no quiso ver en ese general ningún otro, aunque madurando estuvo un instante la idea de escapar por la orilla izquierda del Danubio, guardada por una sola división de las de Ney, la división Dupont; pero una resolución tan desesperada y que exigía un arrojo extraordinario, no era ciertamente de suponer. Necesitábase atravesar el camino que los franceses habían seguido, y que aún estaba obstruido con sus convoyes y almacenes; era eso exponerse quizá al encuentro de las fuerzas francesas y no poder retirarse á la Bohemia, á no contar con arrollarlas. Así, ni aun la probabilidad de un supuesto semejante admitió Napoleón, no pensando sino en los medios de atajar los caminos que guiaban al Tirol. Dispuso por consiguiente que Soult subiese el Lech arriba hasta Landsberg, pasando á ocupar Meningen y á coger el camino que desde Meningen conduce á Kempten. Las tropas de Marmont vinieron á Augsburgo, para relevar las de Soult, y en aquella ciudad se quedó también la guardia, como que de ordinario seguía con el cuartel general, detenido allí mientras se cumplían los movimientos que el mismo emperador rectificaba toda vez que las circunstancias lo aconsejaban.

Bernadotte, que iba picando la retaguardia del general Kienmayer, en la cual hizo unos mil prisioneros, entró en Munich en la madrugada del 12, es decir, un mes justo después de la invasión de los austriacos y la retirada de los bávaros (1). Entre vivas y aclamaciones fueron recibidos los franceses, como que ni más á tiempo ni con mayor celeridad se hubiera podido correr á la defensa de sus aliados, sobre todo estando como Bernadotte estaba muy pocos días antes á la extremidad del continente, esto es, en el litoral de la Mancha. Napoleón escribió inmediatamente al elector convidándole á que regresase á su capital, llevando consigo todo el ejército bávaro, cuya residencia en Wurtzburgo era de toda inutilidad y que debía venir á ocupar la línea del Inn con las tropas de Bernadotte, encargándose de los reconocimientos y descubiertas, como más conocedor del país y por tanto más apto para señalar exactamente la marcha de los rusos que venían por el camino de Viena á Munich.

En la ruta que siguió el mariscal Soult para trasladarse á Landsberg, no vió más enemigos que los coraceros del príncipe Fernando, replegándose á marchas forzadas hacia Ulm. Era tal el ardor de nuestras tropas, que el 26 de cazadores se arrojó á medirse con la caballería austriaca y le arrebató todo un escuadrón, con más dos piezas de artillería. Ese encuentro probaba con toda evidencia que los austriacos lejos de pensar en retirarse hacia el Tirol, se concentraban al contrario tras

(1) Ahí está la confirmación de la nota donde señalamos el error de Thiers cuando cuenta que Montgelas exigió de la Francia la alteración de la fecha del tratado de alianza entre esa potencia y la Baviera. En efecto, Montgelas pudo exigir la fecha del 13, día después de la invasión, pero no la del 23. (N. del T.)

del Iller, entre Meningen y Ulm, donde se podía esperar otra nueva batalla como la de Marengo. A ella pensó asistir Napoleón con cuantas fuerzas pudiera. Desde luego supo que entre el 13 ó el 14 de aquel mes podría comenzar la función; pero como nada le obligaba á darse prisa, ya que los austriacos no se presentaban con la iniciativa, prefirió que fuera el 14, á fin de tener un día más para la reunión de sus tropas. Reformó en consecuencia la posición que ocupaba el mariscal Davout, mandándole pasar de Aichach á Duchau; de suerte que establecido ese mariscal en un punto ventajoso entre Augsburgo y Munich, en tres ó cuatro horas podía ya caer sobre esa misma capital para unirse con Bernadotte y los bávaros y oponer sesenta mil combatientes á los rusos, ya retroceder hacia Augsburgo para auxiliar las operaciones del emperador contra las armas del general Mack. Tras estas precauciones que Napoleón tomó para guardar su espalda, he aquí cómo dispuso descubrir el frente, contando siempre con el supuesto de que se había de dar lá batalla el 14. Ordenó al mariscal Soult que el 13 había de estar apostado en Meningen, dejando esta población á su izquierda y quedando á su derecha en comunicación con las tropas que iban á ocupar las márgenes del Iller. Envió además su guardia á Weisenhorn, á cuyo punto se había de trasladar él mismo, contando con que en el espacio de diez leguas mediantes entre Meningen y Ulm, había de ver reunidos cien mil combatientes. Fácil era, en efecto, el ver juntos en un mismo campo de batalla los cuerpos de Ney, Lannes, Murat, Marmont, Soult y la guardia, porque andar cinco leguas en un día, que era lo que les quedaba á las tropas, y entrar á parte en la pelea no era ciertamente imposible. Como quiera, otro triunfo muy distinto del que él se proponía le tenía reservado su estrella, triunfo harto peregrino y no menos pasmoso por los grandiosos resultados que produjo.

A las once de la noche del día 13 salió Napoleón de Augsburgo con dirección á Weisenhorn. En el camino encontró las tropas del cuerpo de Marmont, compuestas de franceses y de holandeses, rendidos de cansancio bajo el enorme peso de los víveres que llevaban para varios días, á más del que hacían sus armas; y con un tiempo, si magnífico hasta cumplir el paso del Danubio, de repente crudo y espantoso. Nevaba á no poder más; desleíase la nieve en cuanto posaba en la tierra, convirtiéndose en lodo y los caminos se quedaban intransitables, tanto más, cuanto que ya iban salidos de madre todos los arroyos y riachuelos que bajaban en busca del Danubio, poniendo á los soldados en la necesidad de caminar como por verdaderos marjales, y con las no pocas incomodidades que de vez en cuando les causaban los convoyes de la artillería. Ni una queja, sin embargo, se atrevieron á proferir. Cuando Napoleón los alcanzó, hizo que todos ellos formaran en derredor suyo, expúsoles la situación del enemigo, las medidas de que él se había servido para acorralarle como ya lo estaba y su confianza en alcanzar un triunfo no menos glorioso que el de Marengo. Indecible es el efecto de esas palabras en el ánimo de aquellos soldados, que envanecidos con ver que lisa y llanamente les comunicaba sus planes el primero y más famoso capitán del siglo, todos rompieron en transportes de entusiasmo, todos gritaron á una *viva el emperador!*... y volvieron á emprender la marcha an-

siosos de llegar á tiempo para la ruidosa batalla. Los que habían oído las palabras de Napoleón, se las iban transmitiendo á los que por demasiado apartados no habían podido oírlos, dando así ocasión á que por toda la línea se fuera diciendo con el mayor júbilo que ya estaban perdidos los austriacos y ni uno siquiera se les había de escapar.

Tiempo era ya de que Napoleón volviese á orillas del Danubio, porque sus órdenes, mal interpretadas por Murat, habrían arrastrado mil desastres, con tal que los austriacos hubiesen sido más emprendedores.

Mientras que Lannes y Murat cerraban el cerco de Ulm por la orilla derecha del Danubio, Ney había quedado á caballo en esa misma ribera con dos divisiones, no guardando la izquierda sino una sola, la del general Dupont. Cuanto más se corría Ney hacia Ulm, más le parecía falsa y peligrosa la situación de Dupont, que así lo enseñaba el terreno, así también una dichosa inspiración del arte de la guerra, apoyada en el parecer del coronel Jomini, oficial de un mérito distinguidísimo y que, como su jefe, veía grandes males en que la orilla izquierda del río no tuviese más defensa que la de una sola división. «¿Por qué, decía Ney, no temer que los austriacos quieran aprovechar la ocasión de huir por la izquierda del Danubio, arrollando al paso nuestros trenes y convoyes, que ciertamente no pudieran oponerles una muy recia resistencia?» Murat negaba resueltamente el supuesto, y escudándose en los avisos muy mal interpretados de Napoleón, que receloso de algún acontecimiento serio sobre el Iller, mandaba que allí se concentrasen todas las tropas, todavía fué hasta presumir que ni aun necesaria era la división de Dupont en la orilla izquierda del río, suponiendo que, de mantenerse allí, quedaba fuera de juego para el día de la gran batalla. Esta discordancia de pareceres motivó un vivísimo altercado entre Ney y Murat, resentido el primero de haber de obedecer á un jefe no tan militar, en su concepto, como él mismo, ya que su enlace con la familia imperial pareciera hacerle superior, y envanecido el segundo por el rango en que acababa de entrar, presumiéndose por lo mismo muy particularmente iniciado en los secretos de Napoleón. Fué resultado de esa disputa el que Murat usara con Ney de toda su superioridad oficial, concluyendo por intimarle su voluntad absoluta en órdenes positivas y terminantes. Hubiera terminado esa querrela de una manera poco digna de la alta esfera en que se encontraban esos dos generales del emperador á no interponerse la mediación de amigos suyos; pero al cabo fué causa de que á la división Dupont se le transmitieran órdenes contradictorias, poniéndola en una situación aventurada. Por fortuna, mientras que con acaloramiento se proseguía la disputa sobre el punto que importaba señalársele, ella misma vino á desvanecer los riesgos á que la expuso el error de Murat, sustentando un combate de inmortal gloria.

Cierto ya Mack de su infortunio, se resolvió á cambiar de frente, es decir, que en lugar de mantener apoyada su derecha en Ulm, la pasó á la izquierda, ó sea á Meningen, trayendo esta izquierda á Ulm, y sin abandonar el Iller; de suerte que daba la espalda á la Francia como si de ella hubiese salido, mientras que Napoleón se la mostraba al Austria desde un punto de vista idéntico. Natural era esa posición de dos generales desde

que uno de ellos se había puesto á espaldas del otro. Una vez que Mack se vió con las tropas que andaban repartidas en la Suabia y con las restantes de las derrotas de Wertingen y Gunzburgo, lo que hizo fué mandar varios destacamentos sobre el Iller desde Meningen á Ulm y reunir sus mayores fuerzas en ese último punto, ó sea dentro del atrincheramiento que le domina.

La forma y situación de ese campo atrincherado ya quedan trazados en esta historia. La ribera izquierda del Danubio es en aquel paraje mucho más elevada que la derecha, no siendo ésta sino una explanada paludosa suavemente inclinada hacia el río, mientras que la otra enseña una multitud de collados en forma de mesetas, todos ellos bañados en el Danubio, así poco más ó menos como se puede decir que el Sena baña la alameda de San Germán (1). La colina que más sobresale entre todas es la de Michelsberg, y en su meseta se hallaban acampados cerca de sesenta mil austriacos, teniendo á sus pies la ciudad de Ulm.

El general Dupont, que con su división sola se había quedado á la izquierda del Danubio y que en virtud de órdenes del mariscal Ney debía parecer en la madrugada del 11 á las inmediaciones de Ulm, por la ruta de Albech, fué marchando hasta dar vista á aquella plaza, mientras que Murat y Ney reunidos en Gunzburgo se disputaban tan acaloradamente, y que Napoleón se ocupaba en Augsburgo en el arreglo de sus disposiciones generales. En cuanto Dupont llegó al pueblecillo de Haslach, clara y distintamente alcanzó á ver los sesenta mil austriacos acampados en la cuesta de Michelsberg, no llevando él consigo sino unos seis mil hombres, porque caminando los últimos días á marchas dobles, y con un tiempo horrible, se le quedaron atrás las demás fuerzas, entre ellas los dragones de á pie de Baraguay-d'Hilliers en número de cinco mil, los cuales habían sido incorporados en las filas de Ney y no en las de Murat durante el tránsito desde el Rhin al Danubio, y estaban en Langenau, ó sea tres leguas más atrás de Haslach.

Con tres regimientos de infantería, dos de caballería y algunos cañones, se presentó Dupont ante los sesenta mil austriacos que ocupaban la meseta de Michelsberg. A vista de un enemigo tan poderoso, ese general tan desgraciado más adelante, concibió un pensamiento del que pudieran gloriarse los capitanes más famosos. Juzgó que el volver pie atrás no fuera sino pregonar sus escasas fuerzas, para de repente verse alcanzado en su fuga por diez mil caballos enemigos, y que al contrario, mostrándose denodado y audaz, necesariamente había de engañar á los austriacos, que le supondrían en vanguardia del ejército francés, lo cual les obligaría á irse con más tiento, procurándole así tiempo para irse apartando poco á poco del peligro en que se había metido.

Por consiguiente, al instante dió todas las disposicio-

(1) Preciso es que entremos en otros detalles sobre la posición topográfica de ese punto, sin lo cual nada comprenderían nuestros lectores. San Germán, que dista de París unas cuatro leguas y fué en sus tiempos el triste asilo de Jaime II, está situado en una montaña de quinientos pies de elevación sobre las aguas del Sena. Su paseo, que como dice Thiers, es un verdadero *terraplén*, se halla al lado del bosque real, de sus estribos comienza á declinar el terreno hacia el Mediodía hasta que al cabo viene á barbear con aquel río, distante de San Germán de ocho á diez minutos.

nes para el ataque. Tenía á su izquierda el lugarejo de Haslach, que está en el centro de un bosquecillo, y allí colocó el 32 regimiento, que tan célebre se había hecho en Italia y mandaba entonces el coronel Darriscau, el 1.º de húsares y una parte de su artillería. A la derecha, tocando también con el mismo bosque, puso el 96 de línea, mandado por el coronel Barrois, el 9.º de ligeros, bajo las órdenes del coronel Meunier, y además el 17 de dragones. Un poco más adelante, y en esta última línea, estaba la aldea de Jungingen, rodeada igualmente de varios sotillos, y allí despachó Dupont algunos destacamentos.

Tal fué la posición que tomó ese general para recibir el empuje de veinticinco mil austriacos que con el archiduque Fernando salieron á atacarle. Dupont, á la luz todavía de su feliz idea, distingue de repente que con sólo el fuego de fusilería van á barrerle toda su división si espera á que los austriacos desplieguen su línea y ensanchen así la del tiroteo, y uniendo al arresto de una resolución desesperada, el de una ejecución pronta y vigorosa, manda que los regimientos de su derecha, el 96 de línea y el 9.º de ligeros, carguen contra el enemigo á la bayoneta. En efecto, dada que fué la señal, á bayoneta calada marchan esos dos bizarros regimientos contra la primera línea austriaca, llegan, la arrollan, la dispersan completamente y la quitan mil quinientos prisioneros, que son inmediatamente conducidos á la izquierda y encerrados en Haslach. Tras ese primer triunfo, se vuelve á colocar Dupont en sus posiciones con sus dos regimientos, esperando inmóvil la continuación de tan extraordinaria empresa, á la que los austriacos, no queriendo darse por vencidos, concurren con tropas de refresco.

A bayoneta calada marchan otra vez nuestros soldados, arrollan de nuevo á su enemigo y le vuelven á coger una multitud de prisioneros; de suerte que fastidiados los austriacos al ver el mal éxito de esas acometidas de frente, se resolvieron á dirigir sus fuerzas contra los flancos. Caminan, en efecto, sobre Haslach, que cubría la izquierda de la división Dupont y que encerraba sus prisioneros. El regimiento 32, que á su vez tiene que entrar en acción, disputa con valentía á los austriacos la posesión de aquella aldea, los aleja de sus cercas, en tanto que el 1.º de húsares, con no menos ardimiento que la infantería, carga vigorosa y simultáneamente en aquellas columnas con tanto brío rechazadas. Y ya no se contenta el enemigo con atacar solamente á Haslach, antes acomete también contra el flanco opuesto, resuelto á tomar Jungingen, lugar situado á la derecha de Dupont, y que al fin ocuparon los austriacos merced á la mayoría numérica. Ese general distingue el riesgo en que el triunfo de los austriacos le pone y manda por lo mismo que el 96 rescate á toda costa su posición de Jungingen; lo logra, vuelve á ser rechazado, le recobra otra vez: en una palabra, cinco veces consecutivas viene á ser ese pueblo ya nuestro, ya del enemigo, y en la confusión de estos ataques tan reiterados, los franceses continúan quitando á los austriacos un cierto número de prisioneros. En vano consume aquí sus fuerzas el enemigo contra un puñado de nuestros valientes; pero entretanto, todo el grueso de su numerosa caballería se descubre en diferentes direcciones, cae al cabo sobre el 17 de dragones, sufre éste varias cargas, recibe la muer-

te su coronel, el bizarro Saint-Dizier, y se ve forzado á replegarse en el soto sobre cuya falda estaba apostado. Nubes de escuadrones austriacos se descuelgan entonces por todas las terreras de aquellos contornos, corriéndose hasta el pueblecillo de Albeck, de donde había venido la división de Dupont, apoderándose allí de sus bagajes, que debieron haber defendido los dragones de Baraguay-d'Hilliers, y recogiendo algunos trofeos insignificantes, en desquite harto pobre de una derrota de veinticinco mil hombres contra seis mil.

Menester era ya poner fin á una empresa tan arriesgada. Dupont, después de haber desalentado á los austriacos en el encarnizado combate que con ellos sostuvo durante cinco horas y viéndose amparado de las sombras de la noche, retiró sobre Albeck sus tropas, marchando con el mayor orden y llevándose cuatro mil prisioneros.

Si Dupont no hubiese contenido á los austriacos sustentando con ellos una lid tan extraordinaria, de seguro se habrían retirado ellos á Bohemia, burlando así una de las más admirables combinaciones de Napoleón. Nada prueba mejor cuánto importa que los grandes capitanes lleven consigo militares aventajados, pues por muy famosos que aquéllos sean, todavía hay casos en los cuales el heroísmo de sus tropas viene á corregir, ya los lances fortuitos de la guerra, ya los desaciertos en que tal vez suele incurrir el saber.

Ese encuentro con una parte del ejército francés provocó debates acaloradísimos en el cuartel general austriaco. Se sabía que el mariscal Soult estaba en Landesberg, mas no era admisible el supuesto de que Dupont se encontraba solo en Albeck; y por tanto, todo el mundo comenzaba á mirarse como cercado por todas partes. El general Mack, á quien los austriacos han pretendido cargar toda la afrenta de su derrota, estaba ya como fuera de juicio, y no era extraño. Por mucho que hayan vociferado los que después de consumados los hechos pasaron á juzgarlos, preciso es decir que no había salvación para Mack á no venir la Providencia revelándole de repente las escasas fuerzas del enemigo que veía á su frente y la posibilidad de retirarse á la Bohemia después de haberle arrollado. Aquel desventurado, que ignoraba completamente lo que más tarde se supo, y que ninguna razón tenía para presumir que tan corto fuese el número de franceses puestos á la izquierda del Danubio, con el augusto compañero de su fatal estrella, con el archiduque Fernando, se puso á discurrir el remedio, perdiendo en divagaciones un tiempo harto precioso y sin acertar á resolver su retirada hacia Bohemia, deshaciendo las tropas de Dupont, ó ya hacia el Tirol acometiendo el paso de Meningen. No halló medio tan acertado y seguro como el de fortificarse más y más en su posición de Ulm, recogiendo en ella todas sus fuerzas, para esperar la llegada de los rusos por la vía de Munich ó la del archiduque Carlos por la del Tirol. Contaba con que Kienmayer con veinte mil austriacos y Kutusoff con sesenta mil rusos debían aparecer á las puertas de Munich de un día á otro, y que el archiduque Juan con las tropas del Tirol, no menos que con las de Italia el archiduque Carlos, no podían dejar de correr á socorrerle por Kempten, siendo entonces el peligro para Napoleón, que iba á verse entre ochenta mil austro-rusos de parte del Austria, veinticinco mil austriacos por el Tirol y los sesenta mil acampa-

dos en Ulm, reuniendo así una masa de ciento setenta y cinco mil combatientes. Empero la reunión de todas esas tropas no era posible á no contar con abrirse paso por entre las de Napoleón, colocado en el centro con ciento sesenta mil franceses acostumbrados al triunfo; mas como la esperanza es el triste consuelo del infortunio, Mack vino á poner su fe hasta en los embustes que le referían los espías despachados por Napoleón, quienes le aseguraban que á escape tendrían que volver los franceses á Boloña para oponerse á los ingleses desembarcados en aquel punto, ó que los rusos y el archiduque Carlos se descolgaban por la carretera de Munich.

En los casos apurados también los subalternos se meten á discursistas, y llevan la osadía hasta condenar el parecer de sus jefes, poniendo por más acertado el suyo propio. Los que iban bajo las órdenes del general Mack eran casi todos ellos títulos, y por tanto con el mayor descaro pretendían éstos que era preciso fugarse al Tirol, aquéllos que mejor era á Wurtemberg, los de más allá que nada tan acertado como retirarse á la Bohemia. De todos esos pareceres el acertado era, y eso por casualidad, el de los últimos; quienes, en vista de la refriega de Halasch, sostenían que el camino de Bohemia no podía menos de estar expedito. Para descarrilar más y más la luz de un entendimiento ya turbado é inclinarle á que opte, no por el remedio, sino por el paliativo siempre tan funesto, no hay como contrarrestarle. Así Mack, no queriendo desairar enteramente aquellas mismas opiniones que surgían en contra de la suya propia, vino á disponer dos medidas harto singulares en un hombre resuelto á mantenerse en Ulm. Fué la primera el envío de la división Jellachich á Meningen para refuerzo de los cinco mil hombres con que el general Espangen guardaba aquel punto, y á fin de mantener por ese medio comunicaciones con el Tirol; consistió la segunda en despachar al general Riese con orden de ocupar con toda su división las montañas de Elchingen, extendiéndola cuanto fuera posible sobre la izquierda del río y haciéndola practicar un escrupuloso reconocimiento en los puntos que abrían la comunicación á los franceses.

Para querer mantenerse en Ulm hasta la llegada de nuevos auxiliares, sustentando en caso necesario una vigorosa defensa, lo que importaba era guardar allí todas sus fuerzas y no desmembrarlas enviándolas á los dos extremos de la línea ocupada; se daba así ocasión para que se les derrotara aislada y alternativamente. Sin embargo, Mack hizo que Riese ocupara el convento de Elchingen, que está situado sobre las cuevas de la orilla izquierda del río, y muy cerca de Halasch, punto en el cual había ocurrido la refriega del 11. Al pie de esas cuevas y enfrente del convento se hallaba un puente que Murat tenía guardado con un destacamento de sus tropas, porque los austriacos ya de antemano habían tratado de cortarle; los franceses le quemaron esta vez en cuanto allí asomaron los soldados del general Riese, cuyo paso importaba detener. Con todo, aún quedaban salvos del incendio los pilares ó machones del puente desde la parte á que alcanzaba el agua (1). El ejército francés quedó por lo mismo sin

(1) Harto vulgar nos parece esa noticia, y ni vemos tampoco el objeto con que Thiers nos la da cuando tan de suponer es. (N. del T.)

comunicación con la izquierda del río, á no seguirla por los puentes de Gunzburgo, situados mucho más abajo de Elchingen. La división Dupont se había retirado á Langenau; por consiguiente expedito tenían el camino los austriacos para fugarse, pero eso era afortunadamente lo que ellos ignoraban.

Tal era el estado de las cosas el 12 de octubre, en cuya tarde salió Napoleón de Augsburg, apareciéndose á las puertas de Ulm el 13. Llegó allí con un tiempo espantoso; pero esto no le impidió el visitar inmediatamente todas las posiciones que ocupaban sus generales, divididos entre pareceres opuestos, y por tanto harto resentidos unos contra otros. Lannes, que en la guerra no carecía de penetración ni de tino, pensaba como Ney que los austriacos, lejos de aceptar el combate á orillas del Iller, preferirían tantear su retirada á la Bohemia por la izquierda atropellando la división de Dupont, cosa que aun cuando el emperador hubiera podido tenerla por inverosímil mientras no veía la situación de aquellos lugares, una vez puesto en ellos ya no podía quedarle ninguna duda. A más de eso, con haber dispuesto que la división Dupont guardase la orilla izquierda del río, dicho quedaba también que importaba ponerla un punto de apoyo, y sobre todo asegurarse un paso de la una á la otra orilla para correr á la defensa de aquella división en siendo acometida; pero tan mal interpretadas habían sido las instrucciones de Napoleón como lo fué la situación en sí misma. En el parecer de los mariscales Ney y Lannes entró sin rebozo alguno el emperador, y al instante determinó medidas para reparar los desaciertos en que Murat había caído algunos días antes. Ordenó, pues, que se restableciesen las comunicaciones entre el ala derecha y la izquierda por el puente más inmediato á Ulm, esto es, por el de Elchingen, que aun cuando nada más fácil que descender á los de Gunzburgo, guardados por nuestras armas, pasando allí el Danubio y subiendo hasta Ulm con la división Dupont bien apoyada, era ese un movimiento que pedía mucho más tiempo y dejaba á los austriacos todo el necesario para emprender su retirada. Lo más sencillo estaba en que al amanecer del 14 se restableciese á toda costa el puente de Elchingen, que se tenía allí á la mano, y pasase á la orilla izquierda un número de tropas suficiente, en tanto que Dupont subía con las suyas desde Langenau contra Albeck y Ulm.

Con esa empresa dispuso Napoleón que comenzase la madrugada del día 14. El mariscal Soult se había trasladado á lo más extremo de la línea del Iller hacia Meningen, y Marmont se adelantaba hacia el punto intermedio de ese mismo río. Lannes, Ney y Murat reunidos al frente de Ulm, iban á apostarse sobre ambas márgenes del Danubio para apoyar la división Dupont en la orilla izquierda; pero antes era preciso rehabilitar el puente de Elchingen, y á Ney cupo la honra de esta empresa, ejecutando en la mañana del 14 el rasgo de valor que debía ponernos en posesión de ambas riberas.

Ese intrépido soldado no podía recordar sin despecho lo acerbo del lenguaje que con él había usado Murat en sus recientes altercados, llegando hasta decirle que de sus razonamientos y de sus planes ni una sola sílaba comprendía y menos estando como él estaba